

LA MARIPOSA

PERIODICO SEMANAL DE LITERATURA Y VARIETADES.

COLONIZACION

VENTAJAS Y NECESIDAD DE ELLA EN
NUESTRO PAIS.

Un pais bien administrado debe tender à multiplicar todo lo posible las clases productivas.

A. CLAPIER.



Como una continuacion al artículo sobre agricultura que anteriormente publicamos, é impulsados por los mismos motivos que en él espusimos, hablaremos en este sobre *colonizacion*, manifestando las opiniones que este asunto nos suministra.

No tratamos de presentar aquí un *proyecto de colonizacion*, nos limitaremos por ahora à probar la necesidad que de ella existe no tan solo para la prosperidad material del pais, sino tambien para el orden y sosiego de nuestra sociedad.

Hemos dicho anteriormente que la mayor riqueza del pais estaria en la conciliacion de la agricultura con la *cria de ganados*, única tarea à que se han entregado nuestros paisanos; pero no habiamos hecho notar los inconvenientes de esa ocupacion esclusiva.

Ella no puede ser considerada como una industria, bajo el punto de vista con que se la vé practicar à los habitantes de nuestra campaña. La industria tiende à mejorar sucesivamente los medios empleados para obtener cada vez un resultado mas provecho-

so; y la cria de ganados se reduce aquí solamente à conducir estos al pastoreo.

La fuerza fisica, en los habitantes del campo, necesita desarrollarse vivamente, y así como el labrador encuentra ese desarrollo en el manejo de la azada; nuestros paisanos lo hallan tan solo en la lucha contra el furor del toro, y al derramar su sangre no ven ya solamente la necesidad de procurarse el alimento, sino tambien la de deshacerse de un enemigo poderoso.

Familiarizándose diariamente con estos actos, se hace natural en sus animos la necesidad de sostener una lucha continua, y la que se ejercia contra el furor de esas fieras, la sangre que de ellas derramaban, les conduce luego à la lucha contra sus semejantes, y à mirar sin horror, y con fria indiferencia la efusion de su sangre.

Un labrador no puede ménos que apreciar las producciones que el esfuerzo de su brazo ha hecho brotar del seno de la tierra; y en cuya conservacion tiene cifrada su esperanza; pero los meros pastores deben precisamente mirar con fria indiferencia esos animales con quienes mantienen una lucha continua, y de la que solo desean obtener la satisfacion de sus necesidades presentes.

Todas estas circunstancias han influido sobremanera en que se haya encontrado, en los habitantes de la campaña, esa disposicion tan funesta à las armas y à sostener las disenciones civiles que tanta ruina y tantas

desgracias han causado á nuestra sociedad, que ha visto impotentes sus esfuerzos cuando recién ponía los fundamentos de civilización y progreso.

Antes de emprender la marcha es necesario despojar el camino de los escollos que la impidan; antes de elevar el edificio de orden y civilización en nuestro país es preciso poner remedio á estos funestos ataques que, como desgraciadamente lo tenemos bien experimentado, lo desmoronarían cuando se le haya creído concluido.

Hacer pues que desaparezcan las circunstancias que han producido esa condicion moral en los habitantes de nuestra campaña, es el punto que mas debe llamar la atencion, del que desea vivir en medio de una sociedad civilizada é industrial.

Como la esclusiva dedicacion al pastoreo ha sido sin duda la que ha motivado esas circunstancias, se debe, no desterrar esa ocupacion, que sin duda es mui lucrativa y provechosa, sino ese exclusivismo que á mas de ser perjudicial al orden, impide la dedicacion á otras industrias de cuya reunion resultaría la verdadera riqueza y progreso del país.

¿Pero cuáles son los medios mas eficaces que debemos emplear para lograrlo?

Observemos las naciones guerreras que se han convertido en industriales, y veamos cuales fueron los que ellas emplearon. Consideremos la España por ejemplo. Bien se sabe que antes de la invasion de los Arabes, mui poca ó ninguna industria se conocía en ese país, como en todos los favorecidos por la naturaleza; sin embargo la España, despues de esa invasion, llegó á ser el foco de la civilización y de la industria Europea.

No se quiere decir, con esto, que necesitamos tambien una invasion tan

funesta como aquella para desterrar el exclusivismo del pastoreo é introducir otro jénero de industria en nuestro país. Los Arabes no difundieron en España las ideas de la industria ni hicieron conocer sus benéficos resultados, sino despues que cesaron de ser invasores para convertirse en pacíficos colonos.

De modo que no fué la invasion la que introdujo la industria en España, sino una colonización compuesta de hombres sometidos á las leyes y costumbres del país.

Observemos cualquier otra nacion, y veremos que en la causa de su progreso ha influido mucho la comunicacion con las demas naciones mas antiguas y por consiguiente mas civilizadas.

Una colonización pues es el medio mas eficaz, talvez el único, que pueda introducir brevemente en nuestro país la industria, el amor al trabajo y consolidar el orden de nuestra sociedad, que ha sido perturbado á cada paso, por las guerras civiles que han sostenido los habitantes de nuestra campaña, los que coóperaban á la ruina general, impulsados por esa condicion moral, que la absoluta ocupacion del pastoreo ha obrado en ellos, como ya lo hemos probado.

Pero no dejan de existir algunas preocupaciones que se oponen á este medio y es necesario destruirlas.

Muchos creeran que al hablar aquí de colonización, consentimos en que se introduzca en nuestro país una reunion de hombres extranjeros que hagan de él su propiedad particular. Pero en este caso no hablaríamos de colonización, porque esta palabra jamás ha representado semejante idea. Si eso fuera así, á la verdad que sería mui indigno el proponerlo nosotros: nuestro territorio por el que ha corri-

do la sangre de nuestros padres en mil gloriosas batallas, jamás será el dominio ni el patrimonio de una potencia extranjera; este juramento lo hicieron ellos al sancionar nuestras leyes, y nosotros debemos recibirlo como la mejor herencia que nos pudieran legar, sosteniéndolo con patriotismo.

Pero volvamos al asunto.

Colonización solo significa la reunion de hombres industriales, que dejando su país se dirijen á otro, con el objeto de mejorar su situacion.

Ellos son protegidos en el país á que emigren, donde se les proporcionan los medios de poner en accion su industria, y la proteccion de la ley se estiende tanto á ellos como á cualquier otro, así como tambien están sujetos á ella y á las costumbres del país.

Un colono es pues un hombre pacífico é industrial, y de ninguna manera perjudicial al estado.

Es cierto que la eleccion de hombres que reúnan estas cualidades requiere mucha prudencia y vijilancia, pues introduciendo en vez de colonos, hombres holgazanes y revolucionarios, en vez conseguir el objeto de la colonización, tendríamos ademas de nuestros paisanos, otros muchos que cooperasen á la ruina social, alimentando el furor de las guerras civiles.

Por el contrario una colonización, practicada tal cual esa palabra significa, á mas de los innumerables beneficios que resultan de la industria, haría desaparecer esa ocupacion absoluta al pastoreo, cuyos perjuicios ya hemos hecho conocer.

Los que compongan esa colonización sino encontrarán en nuestro país el que los vió nacer, á lo ménos hallarán uno protector y justo apreciador de sus tareas; el reconocimiento

les adherirá á él de tal modo que bien pronto sería su Patria adoptiva; luego sus hijos, ya no verian esto solamente sino su Patria verdadera, y del modo mas rápido nuestro país contaría una numerosa poblacion, y ocuparía el rol de los mas civilizados é industriales.

Las guerras civiles desaparecerían, que estando todos dedicados á sus industriales trabajos nadie pospondría la esperanza dudosa con que ellas salen á los hombres, á los resultados positivos de sus tareas.

En una palabra la prosperidad y la dicha de la Patria serian completas.

El sueño de sus hijos verdaderos sería realizado.

Es menester pues que ese día se aproxime.

G. P.

LA ROSA.

—Si muero en el combate Bertha mía,
Esta rosa conserva con esmero;
Que esta es la última ofrenda del que un día
Su fé y su amor te consagró sincero.

Y en la guerra murió; que era valiente
Y ante el plomo enemigo no temblaba;
Y Bertha con su llanto, eterno, ardiente
La bella planta sin cesar regaba.

Pero su alma perdió su vida y luego;
Ya no brotaba llanto de sus ojos;
Y la planta privada de aquel riego,
Ya ni hojas daba, ni pimpollos rojos.

¡Pobre Bertha! la pena roedora,
Añe la cual la vida se derrumba,
Su existir consumiéndose hora por hora,
Lentamente la guiaba hacia la tumba.

Y como el lirio que doblega el viento,
Así su vida triste concluyó,
Y al cesar su postrimer lamento
La «rosa» ya marchita se secó.

F. FERREIRA.

UNIVERSIDAD DE LA REPUBLICA.

El joven profesor Santa Olalla de viaje para el Pacífico tocó en este puerto, y un solo día que le fué permitido bajar à tierra visitó nuestra Universidad.

A bordo del buque escribió y dirigió el artículo siguiente pidiéndonos su publicación.

La hacemos con tanto mas gusto cuanto es un testimonio de una persona imparcial, y competente para juzgar; y mucho mas siendo una justicia que hace un extranjero al Superior Gobierno y à los dignos profesores de nuestra Universidad.

REMITIDO.

Hallándome de paso en esta interesante Ciudad y habiéndome propuesto adquirir ideas del estado en que se halla la enseñanza en jeneral, he visitado entre otros establecimientos de instrucción, la Universidad y Colegio Nacional del cual voy à ocuparme especialmente.

Antes de todo, debo manifestar mi agradecimiento al Sr. Rector de la misma, quien se apresuró à satisfacer mis deseos con una amabilidad que le honra en sumo grado.

Hacer el elogio de un establecimiento tan provechoso sería en esfuerzo superior à mi capacidad, por lo que me considero insuficiente en la persuasión de que tanto los hijos del país como los extranjeros sabrán apreciarlo en su justo valor por los efectos que notarán en la juventud estudiosa.

Por mi parte no puedo menos que felicitar sinceramente al Gobierno por el interés que manifiesta para satisfacer una de las necesidades mas indispensables de todo país culto, cual es la de la Instrucción pública. Un Gobierno que en medio de las calamidades de una guerra desastrosa, se ocupa en contribuir al fomento de la enseñanza, da pruebas de su ilustración y amor al país que gobierna, por lo tanto hallará siempre simpatías (preociñiendo de toda mira política) entre los hombres del saber humano.

El viajero imparcial ha de ser justo al emitir un juicio concienzudo y en este terreno legal yo no puedo menos que manifestar mi sorpresa al considerar el establecimiento à que me refiero. En efecto, una Institución de esta especie que nace en medio de circunstancias tan azarosas y

con recursos insuficientes, no se comprende como haya podido llegar al estado de regularidad que hoy presenta; pero el hecho existe, lo que prueba una constancia admirable por parte de sus dignos Directores.

Mayor es la admiración que se experimenta si se contempla que para soportar tan penosa tarea, solo hai dos virtuosos varones que se distribuyen espontáneamente las asignaturas, incluso la enseñanza primaria, que sea dicho de paso, es de lo más aventajado en su clase. La afabilidad de los catedráticos, su constante celo y el mecanismo de los excelentes sistemas que han adoptado, debidos à sí propios, son las razones que explican los progresos que se notan en la jeneralidad de los alumnos, y aunque no estoy autorizado para citar personalidades, séame permitido el manifestar que los Sres. D. Luis J. de la Peña y D. Domingo Cobos están prestando un servicio eminente al país, servicio que los hombres de luces sabrán estimar.

Habiendo presenciado con gran satisfacción el adelanto de los alumnos y observado proflijamente la regularidad del régimen interior, me prometo que si el Gobierno continúa ocupándose de él con empeño à imitación de los mas ilustrados de Europa, se experimentarán en pocos años los felices resultados que en aquel continente; porque ¿qué no se puede esperar de la precocidad y perspicacia de los jóvenes de este país guiados por personas de suficiente capacidad?

Empero un establecimiento de esta naturaleza reclama indispensablemente el aumento de profesores así como el de asignaturas. El número de catedráticos debe corresponder al de los escolares, pues de lo contrario, à pesar de los inmensos sacrificios de los infatigables Directores, y aun cuando estos pudieren continuar sacrificando sus horas de reposo en bien de la humanidad, no llegarán à ver realizados completamente sus deseos.

El Comercio por su parte en vista de las ventajas que reporta à todas las clases del Estado el desarrollo de la instrucción, no podrá permanecer indiferente, y à pesar de las infinitas escaseces que hoy le olijen, su ilustración será un estímulo suficiente para contribuir con lo que pueda à impulsar la enseñanza como principio de toda sociedad organizada.

No obstante las grandes dificultades con que está luchando la naciente Universidad y Colegio Nacional de Montevideo, empieza ya à dar tanto lustre al país como honor cabe el ilustrado Gobierno que la protege y à los sabios Directores

que derraman sus luces en tan importante Establecimiento.

Montevideo 19 de abril de 1851.

Enrique Martín de Sta. Olalla.

Profesor de Instrucción primaria superior. Rejente de Matemáticas, conocimientos mercantiles é idiomas; Ex-Secretario é individuo de número de la Academia de Profesores de Instrucción pública en Málaga, etc. etc.

LA SOTA DE ESPADAS.

(Continuacion.)

A la mañana siguiente, en cuanto distinguió à Hermann dejó su bordado, pasó al salon, abrió la vidriera y arrojó el papel à la calle contando con que el joven oficial se apresuraria à recogerle. En efecto, Hermann lo hizo así y entró en una confiteria à leerle, despues de lo cual, como no halló nada en aquellas palabras que pudiera desanimarle, se volvió à su casa bastante satisfecho del principio de su intriga amorosa.

Algunos dias despues una joven de ojos vivos se presentó deseando hablar à la señorita Lisabeta de parte de una modista. Lisabeta no la recibió sin alguna inquietud, pensando en alguna cuentecilla atrasada, pero su sorpresa subió de punto cuando al abrir un papel que la entregó la joven reconoció la letra de Hermann.

—Os engaÑais, señorita,—esa carta no es para mí.

—Dispensad,—respondió la modista con una sonrisita,—os suplico teniais la bondad de leer un poco.

Lisabeta echó una ojeada, y vió que Hermann la pedia una cita.

—¡Es imposible!—exclamó asustada de la audacia de la demanda, y del modo con que se la enviaba—esta carta no es para mí.

Y al decir esto la rasgó en mil pedazos.

—¿Y si no es para vos, señorita, ¿por qué la habeis roto?—repuso la modista.

—¡Dios mío! os pido mil perdones, dijo Lisabeta toda turbada,—os suplico que no me traigais cartas como esa, y decid à la persona que os envía que debía avergonzarse de su comportamiento.

Pero Hermann no era hombre que levantaba el campo. Todos los dias Lisabeta recibía una nueva carta, ya por este conducto ó por el otro. Y ya estas cartas no eran traducciones del alemán, sino que Hermann escribía bajo el imperio de una pasión violenta, y hablaba en su propio idioma. Lisabeta no pudo resistir à aquel torrente de elocuencia; al principio recibió las cartas sin decir nada, luego respondió à ellas, cada dia en términos mas tiernos, y por último arrojó por la ventana el billete siguiente:

«Hoy hay un baile en casa del embajador de... al que asistirá la condesa, y nos estaremos allí hasta las dos. Hé aquí como podreis verme sin testigos: Cuando la condesa salga, que será à las once, no quedará en la casa, probablemente, mas que el suizo que está en el vestibulo, durmiendo la mayor parte del tiempo. Si encontráis à alguien en la antecámara preguntareis si está la condesa, os responderán que no, y entónces no habrá mas remedio que resignarse y salir, pero regularmente no vereis à nadie, porque las camareras de la condesa están todas juntas en un cuarto apartado. Cuando llegueis à la antecámara, tomad à la izquierda y seguid todo derecho hasta encontrar la alcoba de la condesa, donde por detrás de un gran biombo hallareis dos puertas; una à la derecha que va à un gabinete negro y otra

à la izquierda que conduce à un corredor à cuya estremidad hay una escalera que va à mi cuarto.»

(Continuarà.)

COLACION EXTRAORDINARIA DE GRADOS.

El 1.º de Mayo, uno de los dias de mas gratos recuerdos para la Patria, tuvo lugar la colacion extraordinaria de grados en el salon de sesiones del Consejo Universitario.

Es este un acto interesante à todos: à los estudiantes que ven la realizacion de sus esperanzas despues de tantos años de tareas, à los catedráticos que contemplan à aquellos à quienes han conducido hasta poder recibir la facultad de ejercer las honrosas tareas del Doctor, à los padres que ven en sus hijos el fruto de tantos sacrificios, à toda la sociedad en fin que recibe en su seno nuevos cooperadores à su progreso y bien estar.

A todo esto puede añadirse que es un acto nuevo para la nuestra. La concurrencia fué numerosa y selecta, particularmente en el bello sexo, del que podemos asegurar, se hallaban las familias mas distinguidas y apreciadas.

Despues de leida el acta de la sesion anterior del Consejo, empezó el acto solemne é interesante.

El Dr. Rucker, condujo al Sr. Casas, su ahijado, à la tribuna y despues de prestado el juramento esijido, y con todos los ceremonios de costumbre este fué condecorado con las insignias de Dr. en jurisprudencia. En seguida le acompañó à la cátedra y allí pronunció la siguiente proposicion:

«El primer deber del hombre es instruirse para servir à su patria, conservarla independiente, y ser útil à

sus semejantes.»

Concluido esto, fué el Sr. Casas à arrojarle en los brazos de los Doctores à cuyo cuerpo acaba de pertenecer. Mientras tanto una buena música hacia oír piezas agradables y bien ejecutadas.

El Dr. Peña presentó à su vez al Sr. Cabot, con el cual se practicaron las mismas ceremonias. Conducido à la cátedra, dijo:—

«La pena de muerte no puede defenderse hoy como justa, aunque se defiende por algunos como útil.»

Despues que las demas ceremonias concluyeron, el Dr. Rucker pidió permiso al Consejo para dirigirle la palabra, y pronunció un discurso eselente encomiando los méritos de su ahijado, y felicitando al Consejo por haber recibido en su seno dos miembros mas que, segun estaba convencido, trabajarian constantemente para la mejora de la Patria y de la Universidad.

El Dr. Peña, tuvo ocasion de esponer al público sus sublimes ideas, en una bella improvisacion que pronunció recomendando los méritos de su ahijado.

Nosotros felicitamos tambien à los dos nuevos Doctores, les deseamos felicidad en su honrosa pero ardua carrera, tino y penetracion para ejercer las importantes aunque dificiles tareas del intérprete de la ley. P.

Entre los grandes aniversarios de la patria y las festividades religiosas, parece que existe una union íntima.

Montevideo es uno de aquellos pueblos que ha conservado intactas las tradiciones religiosas de sus mayores, y en medio de sus sacrificios y de sus infortunios jamás ha separado de sí

la idea de la divinidad; jamás ha perdido su esperanza, ni vacilado en su fé.

Y un pueblo que tiene creencias tan positivas, no puede dudar; y por eso Montevideo nunca ha dudado sino que ha proseguido con serenidad en su alta mision.

Así es que el 1.º de Mayo cuando el estampido del cañon saludaba el 22.º aniversario de la entrada del primer Gobierno Patrio, el éco de las campanas de la Matriz, anunciaba la celebracion de la fiesta de los Patronos.

Sobre esta última diremos dos palabras.

La funcion fué tan solemne como lo permitian las circunstancias. Asistieron à ella S. E. el Sr. presidente de la República, el Sr. Ministro de Guerra y Hacienda, el Sr. Gefe político y otras personas respetables.

La concurrencia de Sras. fué selecta; la orquesta, el canto y el adorno del templo fueron muy lucidos.

El sermon que pronunció el Sr. D. Santiago Estrazulas, nada dejó que desear; pues en su elocuente discurso pudimos bien juzgar al digno discípulo de Jesu Cristo, al celoso sacerdote y al patriota de corazon.

Felicitamos sinceramente no solo à él sino à todo el clero Oriental que posee en su seno Sacerdotes del talento y del mérito del Sr. Estrazulas. F.

El Pensamiento DE UNA COQUETA.

—No puedes Estela figurarte, ni por mis palabras ni por la espresion de mi rostro, la dicha que ajita mi alma en este instante. Yo te he amado, es cier-

to hermosa mia, desde mucho tiempo, aunque jamás te lo habia confesado; yo evitaba toda ocasion en que me pudieses dar à conocer que despreciabas mi amor, pero vivia atormentado por una cruel incertidumbre.

—Carlos! yo creo que todo en mi te anunciaba lo contrario.

—Ah Estela! jamás quise aventurarme à creerme tan feliz. Pero dejemos lo pasado, déjame por Dios embriagarme en mi dicha presente. Tu misma has confesado que me amas, y en prueba de tu constante pensamiento en este amor, me has regalado esta preciosa flor, este pensamiento.

De esta suerte seguian hablando los dos jóvenes Carlos y Estela, sin interrumpirles la música que marcaba unas cuadrillas, el ruido de los que las seguian, ni las semejantes conversaciones que en derredor se entablaban.

Un joven de cabellos negros, de ojos grandes y de poblados bigotes observaba desde un ángulo de la sala à los dos jóvenes. Sus miradas inquietas no perdian uno de sus movimientos, y una sonrisa siniestra permanecía oculta bajo el velo, que sus castaños bigotes parecian estender sobre sus labios.

Dos dias despues, Carlos entraba en la misma casa donde esa noche se bailaba.

Tratabáse de una despedida, paso algo triste para dos amantes.

—Estela, dijo por fin Carlos, un acontecimiento imprevisto me obliga à separarme de tí por poco tiempo, recuerda que me has prometido amar. Adios.

Estas no fueron por cierto las únicas palabras de despedida que dirigió Carlos à su anada.

Un mes ha pasado. Dos jóvenes que acababan de encontrarse, se desprendían de sus brazos, y mostraban los efectos de dos amigos que se ven después de alguna ausencia.

—Con que has llegado con felicidad, dijo Carlos.

—Ya lo ves amigo, y à tí ¿te va mejor que àntes?

—Oh! mucho mejor, sabes que soy feliz?

—Hola! ¿cómo? cuéntame.

—Después, ahora vé à ver à tu familia.

—Ya la he visto.

—¿Y donde ibas tan de prisa?

—A ver mi querida, amigo mio.

—Bien te acompañaré. Ya te he de haber dicho que amaba à una bella...

—Si, aunque no me la habías nombrado.

—Pues bien, ella amaba, à otro y ahora se ha arrepentido sin duda, y me ha confesado que me ama con delirio; muy pronto me caso.

—Hola! y el nombre de la hermosa.

El joven miró fijamente à Carlos, y con una sàrdonica sonrisa que se descubría al través de sus castaños bigotes, contestó:

—Estela N....

—¿Estela N....!

—Si, la conoces.... pero qué tienes, estás pàlido, te desmayas.... caés.

Y el joven tenia que sujetar à Carlos del brazo porque efectivamente se caía.

En una sala magnificamente adornada, reclinada blandamente sobre un sillón, se halla una joven bella como los àngeles de Dios; su rubia cabellera, al reflejar la luz en ella, parece una rēja corona que ciñe su cabeza; sus ojos azules, su nariz pequeña, sus labios sonrosados, completan la her-

mosura de su rostro. Un traje de muselina blanca, vela su precioso cuerpo, dibujándose en él sus encantadoras formas. Aseméjase à una divinidad descendida sobre una majestuosa nube.

Un joven aparece; la melancolía estende en su semblante un triste velo que impide investigar la espresion de su carácter natural. Acercàse con pasos mal asegurados à la joven, cruza los brazos ante el pecho, y fija en ella una lánguida mirada. Ella le contempla con una sonrisa desdeñosa.

—Y bien Carlos, tome V. asiento; dijo en fin.

—¿Usted! ah Estela! si tú tenias intenciones de no amarme ¿por qué me declarabas lo contrario? oh! y aun me habias regalado un pensamiento, que aun conservo, para rectificar mas mi creencia en ese amor!

—¿Y no le dije que esa flor era el símbolo de mi pensamiento en V.

—¿Y bien?

—Lo trae V. ahí?

El joven sacó de una cartera un pensamiento seco y lo entregó à la joven.

—Lo vé V.; dijo, esa flor que un día estuviera llena de frescura, está hoy seca, sin colores.... sin vida....

—Comprendo Estela, lo que quieres decirme.

Y el pobre Carlos salió desesperado.

Un dia Estela entraba en la iglesia; la misa iba à empezar, pero el sacerdote estaba revestido de negro, y un tímulo se elevaba.

—¿Quién ha muerto? preguntó.

—D. Carlos G....

Estela palideció, y procuraba ocultar à su vista aquel tímulo terrible.

G. PEREZ.

Marzo de 1831.